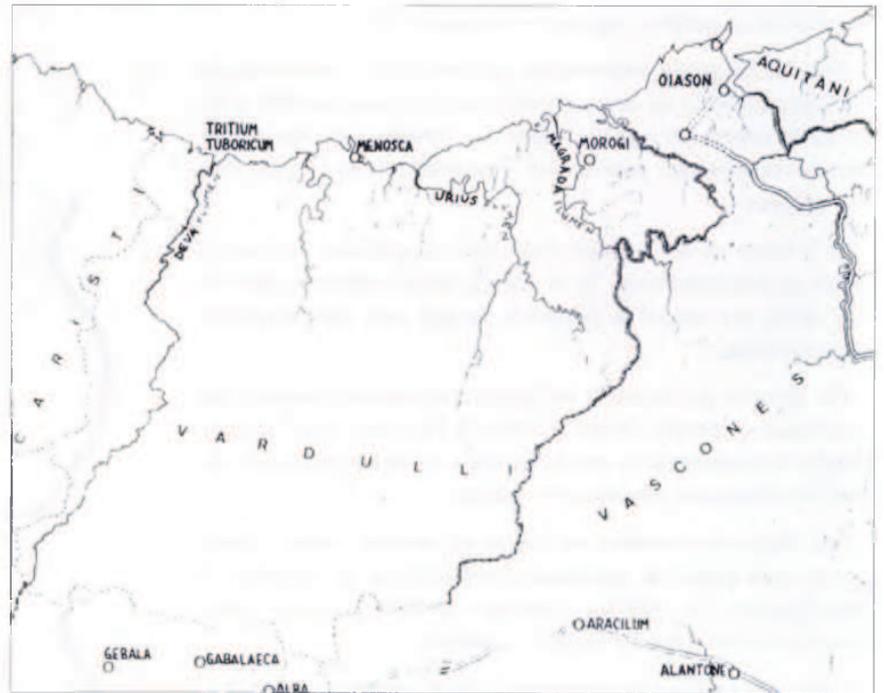


# PREFIGURACION HISTORICA

Manuel AGUD QUEROL



"Guipúzcoa en la edad antigua  
Protohistoria y romanización"  
Ignacio Barandiarán

Pudiéramos hablar también de Historia antes de la Historia, para continuar luego con ese período que casi resulta histórico, aún cuando la carencia de datos nos lo deja en una especie de Prehistoria, si bien ronda la Era Cristiana. Es aquella Rentería que vincularíamos a la explotación minera de Arditurri (Oyarzun); pero que se asomaría allá, un poco a lo lejos, al entorno de lo que posteriormente sería San Sebastián.

Mas esa es ya una época tardía. Nos hallamos sin duda en período imperial, que si llegó a nuestra Villa fue porque aprovisionaba de una de las materias primas de entonces, los minerales.

¿Quiere decir ello que fueron los romanos quienes descubrieron la galena de las minas de Oyarzun?. Probablemente no. Pensemos que llegan en los aledaños del cambio de Era unos servidores del Imperio al "olor del mineral". ¿Cómo han tenido conocimiento aquéllos de unas explotaciones mineras?. Es el gran misterio. Hemos de volver sobre nuestros pasos para perdernos en un paleolítico, que podrá ser tardío, pero que nos dejó testimonios en Landarbaso.

Rendimos visita a las excavaciones que por los años sesenta efectuaban D. José Miguel Barandiarán y D. Jesús Altuna, con la ayuda de los competentes arqueólogos M<sup>ra</sup> Dolores Echaide y Blanca Izquierdo.

Los restos allí encontrados de industria lítica fueron bien clasificados y dibujados por D. José Miguel y pasaron a formar parte de la Sala de Prehistoria de nuestro Museo de San Telmo, de San Sebastián.

Es muy probable que ninguna relación de continuidad exista entre los pobladores de la cueva mencionada y lo que luego llegará a ser un municipio romano, donde circuló moneda de procedencia imperial.

Por esos tiempos se registra una gran actividad minera en la que se beneficia hierro y blenda, aparte de la galena.

Los cálculos del ingeniero J. Guillermo Thalacker nos hablan de centenares de obreros (¿600?) laborando, como mínimo, durante un par de siglos. El era ingeniero de minas, por tanto sus hipótesis son de fiar. Recorrió aquellas galerías (en las que, por cierto, se extravió) hasta quedarse sin reserva de luz (que entonces debió de ser de carburo), lo que le sumió en la angustia de verse enterrado en vida. Una ligera corriente de aire fue su ánclora de salvación, pues "agarrado" a ella logró salir a la superficie exterior.

Orientados por un excelente guía, D. Benjamín Alvarez, facultativo de Minas, recorrimos con Luis Michelena, Jesús Elósegui, el Prof. García Bellido, de la Universidad de Madrid, y otros,

aquellos intrincados vericuetos, los cuales constituían una enorme colmena. El mineral se hallaba en forma de bolsas, que iban arrancando los laboreadores. Otro ingeniero de minas, F. de Gascue, había calculado de 15 a 18 kilómetros de galería de mina. Todavía en la actualidad se conserva un tramo de la primitiva romana, “para visita de los amantes de la Antigüedad”.

Resulta un tanto lamentable que las labores modernas “a cielo abierto” hayan deshecho la arqueología del lugar. En la época de nuestra visita era la conservación de una mina romana en estado bastante puro. En la casa del encargado de la custodia están depositados unos pequeños restos fácilmente identificables como de procedencia romana (una lucerna, unos cuellos de oenochoes -especie de cantarillas-, algunas monedas, etc...).

Aquella pequeña expedición recorrió los alrededores de Oyarzun, tratando de descubrir algún vestigio que permitiera localizar la cabeza del que fue municipio romano. Los autores hablan de un oppidum, promontorio y quebrada, bosque o playa de los vascones.

Se hubiera esperado hallar algún resto de cerámica. Incluso indicios de construcciones. Si el laboreo de las minas superó los dos siglos, era natural la existencia de algo más que un campamento volante.

Los intentos por seguir la exploración tropezaron con barreras insalvables. El terreno estaba cubierto de helechal, lo que imposibilitaba el procedimiento aerofotográfico, de aplicación tan fructífera en terrenos de cereales o de prados.

Son dignos de atención sus logros en territorio inglés, donde ese procedimiento de exploración arqueológica ha permitido el descubrimiento de ciudades y poblados, tanto de la época prehistórica como de la época romana y medieval.

Quizá una exploración in situ continuada permitiera la localización de la antigua villa, pero para ello se necesitan unos recursos de los que nuestros estudios arqueológicos no han podido disponer.

Verdad es que actualmente se prodigan becas de estudio; mas suelen abarcar otros campos de mayor lucimiento, incluso con compromisos extra-académicos y extra-docentes.

No parece haber duda de que el topónimo actual, Oyarzun, alguna relación ha de tener con el antiguo Oiarso, Oiasso (mejor que Oarso).

La hipótesis que apuntan a Rentería chocan con la persistencia de un topónimo. Acaso en época lejana (no más que medieval) la villa de hoy fuera una simple aduana, de donde derivaría su nombre, vinculado a unas rentas. De todos modos hay que fijar la atención en el hecho del transporte de mineral.

Ese rincón de Irún, Oyarzun y Rentería se presta a confusión ya desde el principio.

Es preciso mencionar también el primitivo nombre de Easo, a donde llegaría sin duda el eco de los trabajos de Arditurri.

Arriesgó alguien (que recogió luego José Luis Banús) una hipótesis bastante atrevida, difícil de aceptar por su propia significación, y por el orden sintáctico del compuesto (que debía haber sido Easo bide). El nombre del río Bidasoa intentaba explicarlo de bide y Easo: es decir, camino de Easo (debiera haber sido al re-

vés: viam ad Easo). Cosa difícil de admitir, habida cuenta de que se trata de un río, que, naturalmente, no es un camino, aunque sí una vía de penetración. Easo quizá resulte demasiado alejada.

Además se mezcla otra cuestión: ¿Es verdad la existencia de una calzada entre Oyarzun y Pamplona?. Algún vestigio sí parece existir por Velate, y en Rentería tenemos el topónimo Galtzadeta, cuyo origen parece ser al menos romántico, más procedente del latín calciata. Sin embargo, lo que queda es insignificante para la importancia que debió de tener el transporte del mineral.



Necropolis de Santa Elena (Irún) Tipos varios de urnas cinerarias en cerámica común romana.

Vuelven a mezclarse las cosas y hemos de dirigirnos a Irún, en donde los vestigios romanos resultan indiscutibles. ¿Sería esta villa el lugar de salida, en cuyo caso, ésta apuntaría a Francia, donde nos hallamos con una Aquitania enormemente romanizada en los primeros siglos del Cristianismo?

Se ha manejado desde hace tiempo, entre quienes han incidido en este asunto, otro topónimo que creemos ha de tenerse en cuenta: Beraun, cuya significación en vasco es “plomo”. No parece mera coincidencia. Ese rincón geográfico encierra grandes misterios, que desde siempre han incitado a quienes no se resignan a continuar en la ignorancia.

Volviendo a la localización de la Oyarzun romana o prerromana, la topografía inclinaría a que estuvo localizada en esa especie

de promontorio, con la parte posterior cortada a pico, que actualmente ocupa la parroquia. Es decir, en los cimientos de ésta.

No tenemos más testimonios que los de los geógrafos antiguos, que, además, tampoco detallan gran cosa. Ahora bien, hay algo suficientemente tangible que son esos kilómetros de galería de mina y los pequeñísimos restos en ella localizados.

Puede tenerse un aceptable conocimiento de lo intentado para desentrañar el misterio acudiendo al breve, pero sustancioso, trabajo de Luis Michelena (catedrático que fue de Lingüística Indoeuropea y Lingüística Vasca en la U.P.V.), publicado en el Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País, vol. XII, pgs. 69-94 (en 1956), bajo la rúbrica: "Guipúzcoa en la época romana", y al de Ignacio Barandiarán (catedrático de Historia Antigua y de Arqueología de la U.P.V.), titulado: "Guipúzcoa en la Edad Antigua. Protohistoria y Romanización", donde recoge una extensa y bien seleccionada bibliografía. Trabajo relativamente breve (102 pgs.), pero de gran seriedad en la exposición y en la crítica, publicado por la Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa.

La esterilidad arqueológica tampoco es en nuestra provincia tan absoluta, y corre pareja con otras regiones aparentemente más fértiles. Nos faltan los testimonios gráficos y epigráficos que han aparecido en el resto de la nación, donde, a pesar de conocerse muestras de escritura, las lenguas en que fueron expresadas nos resultan impenetrables.

El número de plomos en escritura ibérica hallados en la Península es considerable; pero ni añadiendo los últimos, del Más de las Matas (Teruel) y de Orley (Vall de Uxó, Castellón) catalogado por Untermann, puede avanzarse un paso en el desciframiento de una o varias lenguas que sin duda se hablaron en el Centro y Levante hasta adelantada la romanización.

La pervivencia de la lengua vasca es el testimonio vivo del estado de entonces.

A pesar de lo defendido por R. Menéndez Pidal, no puede afirmarse que el vasco sea la continuación de lo que hemos llamado ibérico. Será más bien la continuación de las lenguas prerromanas que englobamos en aquel calificativo.

Ya no se trata de diferencias entre éste y el turdetano, sino que el primero debía de ser múltiple.

Parecería contradecirlo el hecho de emplear los mismos signos

gráficos (lo que denominamos escritura ibérica). Al fin y al cabo, ésta es sin duda la invención de alguien con ingenio e imaginación, que luego se extendió entre los diversos pueblos para expresar distintas lenguas.

No nos cabe duda de la multiplicidad de éstas, a pesar de la carencia de datos y de que el latín, si fue empleado en la Aquitania (zona más romanizada), llegaría con seguridad a Oiarso, donde el medio de expresión sería la lengua vasca.

Liquidado el laboreo de minas en el Bajo Imperio, la zona no se prestaba a la producción de materias primas de origen agrícola, con lo que vuelve indudablemente a una economía de subsistencia asentada en el pastoreo.

Del viejo municipio romano sólo queda el recuerdo, que se hunde en el misterio, como tantos casos que alimentan las hipótesis arqueológicas.

La desaparición de núcleos urbanos (incluso populosos) es incontable en el transcurso de los milenios. Un ejemplo relativamente próximo, desde el punto de vista arqueológico, sería el de las siete ciudades donde predicó San Pablo.

